

me contará los motivos de su desesperada resolución. Ya ha comprendido usted que no era buena, puesto que no la ha realizado; yo trataré de probarle que se debe hacer algo mejor que abandonar la vida porque nos hace probar sus miserias. Nuestro paso por esta tierra de miserias y de lágrimas es muy corto y debemos sufrirlo con resignación y servirnos de las penas para nuestro mejoramiento moral. Todo dolor es una prueba de la que hay que triunfar. Pero es muy cómodo predicar resignación á un corazón que sufre y usted me dirá que mis teorías no le dan alivio alguno, añadió el sacerdote en tono cordial. Váyase usted á su casa; su madre será más hábil que yo y la conversación que ella empieza yo me ingeniaré para acabarla.

Salieron juntos, y en la densa noche y apoyados el uno en el otro, como dos amigos, aquellos dos hombres que no se conocían una hora antes, se encaminaron á casa de Daniel.

IV

Hacía dos años que el padre Pablo Daniel era cura de Favières, una de las peores parroquias de la diócesis, cuando corrió el rumor de que el señor Lefrançois había comprado la hacienda de Fresqueville, á unos dos kilómetros escasos de la aldea, y que iría á pasar allí el verano. El primer movimiento del cura al saber la noticia fué irse á Beaumont para solicitar del obispo un cambio de residencia. La idea de ver á los señores de Lefrançois le era insoportable, pero la necesidad en que se encontraba de confiar á su superior los motivos que le hacían desear alejarse de Favières, le pareció sumamente penosa. Remover todas las cenizas del pasado, analizar ante un extraño, por benévolo y esclarecido que fuese, los sufrimientos que le habían hecho abrazar la vida religiosa, confesar sus nuevas preocupaciones, explicar sus

repugnancias, era para él un esfuerzo penoso y una especie de violación de su pudor de sacerdote; pensamiento doloroso que le hizo aplazar su determinación.

Incurrió, sobre todo, en el error de no poner desde luego al corriente á su madre de la llegada de Lefrançois al pueblo, porque la buena señora hubiera sin duda influido poderosamente en la decisión de su hijo y le hubiera hecho ver lo que él no se atrevía á confesarse á sí mismo, esto es, que un vago deseo de volver á ver á Florencia inflúa acaso en su voluntad, y que aun casada con otro, aun perjura y pérfida, ejercía una especie de fascinación sobre su pensamiento. Ello fué que se quedó.

Daniel era un buen sacerdote, que había sabido hacerse amar por la población de Favières, que pasa con justicia por ser una de las más difíciles de tratar de toda la diócesis. Las industrias metalúrgicas y las fábricas de azabache que utilizan la corriente del Therain han convertido la aldea de Favières en un centro obrero, con todas las pasiones, las agitaciones y hasta las violencias que son consecuencia de las ideas revolucionarias de que están inficionadas las masas trabajadoras. Considerados aisladamente, esos hombres son buenos esposos y honrados padres de familia, que no serían capaces de perjudicar á su vecino ni en

cinco céntimos, pero en masa resultan capaces de los peores excesos, y la más morigerada de sus pretensiones es la de apoderarse de la fábrica que pertenece á su patrón. Cuando los oradores socialistas necesitan para salvar una candidatura dudosa ó una maniobra política que una huelga conmueva la comarca, no tienen más que presentarse en Favières, donde merced á unas cuantas peroraciones altisonantes y á algunos convites liberalmente ofrecidos en las tabernas de los alrededores, todo se enciende, todo arde, y aquellos honrados padres de familia se convierten en bestias feroces prontas á aniquilar á sus capataces y á demoler los talleres en que ganan el pan.

Aún no hacía seis meses que se había instalado en el curato el padre Daniel, cuando ocurrió una terrible colisión entre los vecinos y la fábrica con motivo de la fiesta de Juana Hachette, que era oriunda de la aldea. Estaba dispuesto que la procesión saldría de la iglesia para dar la vuelta á la plaza, y que las mujeres irían á la cabeza con el estandarte, en recuerdo de la heroica defensa de Beauvais. Pero por desdicha, Malversin, el diputado socialista del distrito, estaba aquel día recorriéndolo y almorzaba en la posada de Thiboré, su agente electoral, en compañía de los más avanzados de la localidad.

Allí estaba Rousset, el secretario de la alcaldía,

antiguo pasante de escribano que no había logrado comprar una escribanía y se vengaba en la sociedad entera de sus decepciones profesionales; Raison, agente veedor, gravemente comprometido en la *Commune* de París y vuelto de la Numea gracias á la amnistía, feroz sectario, capaz, por pasión política, de toda clase de ilegalidades; Frottier, el guarda rural, imbécil, borracho y cuya ocupación única consistía en hacer los recados del alcalde y en sacar copas de vino á la complacencia de los vecinos; y Espitalet, contraamaestre de la fábrica de botones de Favières, que aparentaba servir al consejero general, pero que en realidad se servía de él para asegurar su autoridad sobre el sindicato obrero del que era presidente.

Todos aquellos sostenes de la causa popular estaban tomando café debajo de la parra del jardín de Thiboré cuando, rodeada de curiosos, salió la procesión de la iglesia. Nada más ofensivo para unos revolucionarios que acaban de almorzar que aquella manifestación á la vez religiosa y patriótica. Malversín enrojeció de cólera, Raison dió tal golpe en la mesa que danzaron los vasos y las botellas, y el estúpido Frottier se encasquetó el quepis hasta las orejas como si se dispusiese á tomar serias determinaciones. Las mujeres, los niños, el cura y los diáconos se acercaban pacíficamente detrás del estandarte, y la capilla, dirigida

por el maestro de escuela, entonaba un cántico de circunstancias en el que se hacía referencia á la salvación de la Francia y de su libertad. No puede imaginarse nada menos ofensivo ni menos perturbador. Los revolucionarios no tenían más que estarse debajo de la parra saboreando sus licores, y la procesión hubiera dado su paseo al rededor de la plaza, maravillando á los niños que palmoteaban ante aquel espectáculo, y divirtiendo á los papanatas que, con las manos en la espalda, contemplaban el desfile. Pero el ciudadano Malversín no podía conducirse de ese modo ni tenía el derecho de ser razonable y moderado delante de sus electores. De un salto se puso en la puerta del jardín, prorrumpió en un grito de indignación y lanzó delante de sí al guarda rural, que interrumpió bruscamente la procesión. Las mujeres que rodeaban al estandarte se detuvieron confusas.

— ¡No tenéis derecho para salir de vuestras iglesias! aulló el consejero general rojo de furor. Yo os haré entrar á la fuerza si es preciso.... ¡Que vayan á buscar al alcalde!

— No hay cuidado de que el alcalde esté hoy aquí, respondió la voz chillona de Thiboré; está en Beaumont para no comprometerse....

En este momento salieron de casa de Vincelas, el competidor de Thiboré, unos treinta obreros

que estaban jugando á los bolos en el corral, y empezaron á oirse silbidos, sin sentido preciso al principio, pero que hacían eco á los gritos del consejero general y parecían dirigirse á la procesión. Envalentonado por el ruido y enardecido por los gritos, Frottier cayó como una tromba sobre la mujer que llevaba el estandarte y trató de arrancárselo de las manos. Pero tenía que habérselas con la hija del rico Everard el panadero de la calle Mayor, una muchachona de veinte años, orgullosa por su belleza exuberante y por la fortuna de su padre. La joven dió un paso hacia atrás apretando con las manos el asta del estandarte y al sentirse empujada por el guarda rural, se puso como la grana y gritó: « ¡Bárbaro, me ha hecho usted daño! » y dió tan solemne revés al agente municipal que su quepis rodó por el polvo. Al pronto se produjo un momento de estupor, pero á la vista de Frottier vencido y maltrecho, el partido de Malversín protestó con agudos gritos. El consejero general se lanzó á la defensa del guarda derrotado y ordenó:

— ¡Que detengan á esta muchacha!

Pero Everard se presentó en elástica blanca con los pies desnudos y con la cara embadurnada de harina, seguido de sus tres hijos, que eran los mozos más vigorosos del país. Se fué derecho á Malversín y le apostrofó duramente:

— ¿Á usted quién le mete en donde no le llaman? ¿Quién es usted para dar órdenes? ¿Es usted de la policía?... En cuanto á este imbécil, que está ya medio chispo....

— ¡Su hija de usted le ha pegado, gruñó Frottier, y usted me insulta ahora!... No quedará esto así...

— ¡Cállate ó te aplasto! dijo adelantándose el hijo mayor de Everard. Ven después á pedir pan fiado... ¡Como no te lo dé con la pala del horno!... ¡Valiente canalla!

— ¿Hace usted resistencia á la autoridad? dijo el consejero general, poniéndose en el centro de la plaza.

— ¿Y á usted qué le importa, especie de boticario?

Esta alusión á la antigua profesión de Malversín, que había sido farmacéutico más de veinte años, hizo redoblar el tumulto. Por todas partes se cruzaron las vociferaciones y los sarcamos, acudieron curiosos y llegó á hacerse difícil la circulación por la plaza. El cura dejó que se produjeran los rápidos apóstrofes que habían agravado el conflicto, pero al oír rugir á la muchedumbre, al ver animarse las fisonomías y sabiendo hasta qué punto era violenta la población de Favières y qué poco hacía falta para que se produjera una grave colisión, determinó prudentemente ceder á la vio-

leancia, y adelantándose en medio de los dos partidos que se amenazaban, dijo :

— Amigos míos, no habíamos pensado que esta manifestación, menos religiosa que patriótica, pudiese herir susceptibilidades... Pero no es cosa de que una ceremonia tan conmovedora sea causa de una disputa; volvámonos á la iglesia pasando antes por el campo santo... Supongo que nadie tratará de turbar allí la paz.

El cementerio mostraba su perspectiva de verdor en el que se destacaban las tumbas en medio del silencio y de la calma. La cabeza de la comitiva se puso en marcha y entró en el campo santo sin que se oyese un solo grito. Las cánticos continuaron y el estandarte, los diáconos y la mayor parte de los curiosos como escolta, pasaron por la puerta coronada por una cruz de hierro. La plaza quedó vacía. Malversín, muy disgustado con el desenlace del incidente, volvió á entrar con sus acólitos en la posada de Thiboré. Solamente Frotier, cuyas mejillas estaban encendidas é hinchadas por los bofetones de la hermosa Everard, quedó en la plaza mirando con odio á los últimos manifestantes que desaparecían á través del cementerio.

Una vez en aquel lugar de descanso, el cura se detuvo á la sombra de la iglesia y al rededor de él se reunieron los asistentes. Los niños de coro

agitaron los incensarios y la imagen de la Virgen de Beauvais resplandeció á la intensa luz del medio día. Más de quinientas personas se amontonaban dentro de aquellos muros, en torno de los sepulcros, y todos parecían esperar una conclusión al incidente que se había producido. El padre Daniel comprendió que había llegado el momento de hablar; avanzó hacia la cruz de piedra que se levantaba en el centro del campo santo, subió dos escalones, reclamó silencio con un ademán digno y tranquilo y empezó la apología de Juana Hachette.

Pocos de los que allí estaban habían hasta entonces tenido ocasión de oír al cura. Los escasos fieles que asistían el domingo á la misa escuchaban con la indiferencia de la costumbre las pláticas del párroco y la delicada forma que el antiguo profesor, el hombre de letras, daba á sus cortas allocuciones, había pasado inadvertida para aquellos espíritus incultos. Pero el auditorio del cura de Favières en aquellas circunstancias excepcionales no era el mismo. En aquel cementerio no se trataba de hablar delante de veinte mujeres y una docena de viejos. Allí estaba todo lo que había en el pueblo más viviente, más activo y hasta más hostil, y la idea de hablar á sus adversarios no podía menos de halagarle. Se le presentaba por primera vez una ocasión de dar la medida de su valía, y

habló con un entusiasmo en el que acaso entraba el orgullo humano en igual proporción que la fe religiosa.

En el silencioso recogimiento de la multitud asombrada pareció que descendía una revelación conmovedora por su espontaneidad. Hombres, mujeres, fieles, incrédulos, amigos y adversarios, contenían el aliento, influidos por aquella elocuencia sencilla, elevada y nutrida de pensamientos, cautivados por aquella voz de melodiosas inflexiones, y como si temieran perder la sensación deliciosa que experimentaban. Tenían la vista fija en el semblante del sacerdote y no le reconocían en aquel brillante apóstol que les hablaba con tal calor del amor de Dios y de la patria. No era entonces Daniel un insignificante cura de pueblo, mirado con indiferencia por los fieles y con burla por los librepensadores, sino un orador sagrado capaz de arrastrar las multitudes y que se hacía comprender lo mismo por los más ignorantes que por los más refinados.

Refirióse al incidente que acababa de ocurrir y con dulzura evangélica, y sin dirigir ni una censura á los que habían iniciado la violencia, glorificó la fraternidad y la concordia. No hubo ni una palabra que desentonase en aquella larga y conmovedora improvisación, en la que todo se encadenaba con una altura de miras y una sere-

nidad de lenguaje que no habían previsto los que escuchaban ni el orador mismo. Allí se reveló sencilla y poderosamente una personalidad superior, y los concurrentes, asombrados, no se cansaban de oír y de admirar.

Cuando el sacerdote acabó de hablar, reinaba en el cementerio un absoluto silencio, pero en seguida, como una ola contenida mucho tiempo, los aplausos y las aclamaciones atronaron el espacio y llegaron hasta la taberna de Thiboré para llevar á los allí reunidos la noticia asombrosa de aquel triunfo religioso en una población que tenía fama por su incredulidad. La multitud, como atraída instintivamente, siguió al padre Daniel que se dirigía hacia la iglesia y en un momento el templo estuvo lleno. El sacerdote se volvió y con la faz iluminada por la luz que descendía de la cúpula, grave y fervoroso, extendió la mano desde las gradas del altar sobre los que le rodeaban y con ademán dulce y paternal les dió su bendición. Los concurrentes salieron muy despacio y, ya en la plaza, se fueron dispersando por grupos, casi sin hablar.

El domingo siguiente, contra toda costumbre, la iglesia estuvo llena. Los habitantes de Favières volvían para oír á su párroco. El padre Daniel no subió al púlpito, sino que en el momento del Evangelio se volvió hacia la nave y apoyado en

la balaustrada de madera que limitaba el coro, habló sobre el texto que el Evangelio le indicaba. Su palabra no fué entonces vibrante y apasionada, como en el cementerio, sino clara, tranquila, interesante, casi familiar y realzada por la suprema distinción de una voz sonora y flexible que llegaba al corazón.

Todos sus feligreses le escuchaban y encontraban el mismo encanto que el domingo anterior, aunque la sensación fuese menos angustiosa, más plácida, acaso, para los que prefieren reír que llorar. El padre Daniel tenía un modo de evocar la miseria de los humildes, de describir sus trabajos, de compadecer sus sufrimientos, que ponía ante los ojos de aquella población de obreros y de labradores el cuadro de su existencia diaria, pero trazado con un espíritu que ocultaba su tristeza para no mostrar más que su aspecto consolador de probidad y de resignación.

En aquella época se extendió el rumor de que el cura de Favières era socialista, lo que produjo un detestable efecto en el palacio episcopal. En realidad el padre Daniel se sentía profundamente conmovido por las penas que veía padecer en torno de sí. Ocupado con sinceridad de los trabajadores y puesto en contacto con ellos por sus constantes miserias, se esforzaba por inspirarles la paciencia y la dulzura y contrarrestaba la influen-

cia de los agitadores que actuaban sin cesar sobre aquella población. También él hablaba á los obreros de sus derechos pero sin olvidarse de recordarles sus deberes. Iba á visitarlos cuando estaban enfermos, hablaba con ellos, interrogaba á sus mujeres, acariciaba á sus hijos y dejaba siempre al marcharse algún dinero encima de la mesa. No mucho, porque era pobre, pero sí lo más que podía á costa de las mayores privaciones para sí y para su madre.

Andaba por las calles vestido con una sotana raída que hubiera avergonzado al último sacristán, y con un sombrero pardo de vejez y carcomido por el sol y la lluvia. En circunstancias urgentes, cuando no tenía nada que dar, se le había visto quitar la manta de su cama y enviar al necesitado la carne que cocía en su propio puchero. Era un santo, y los hombres políticos de la comarca empezaban á calumniarle y á acusarle de ambicioso. Aquel sacerdote ascético, sencillo hasta la desnudez y siempre en los caminos y en los campos hablando ingenuamente con el primero que le detenía, les parecía un competidor formidable. Se mostraba tan desinteresado que había que suponer que soñaba con ventajas inmensas. Seguramente se ocultaba una desmedida ambición tras de aquella humildad cristiana. Y aquel cura popular y hábil para conmover los corazones, era, según

ellos, tan peligroso para la democracia como un general temerario y dispuesto á los golpes de fuerza. Si el clero se apoderaba de los espíritus por una especie de socialismo cristiano habría que temerlo todo. Desde luego los explotadores de las situaciones revolucionarias caerían para no levantarse, pues era muy fácil establecer la diferencia que existía entre las ambiciones de los unos y la abnegación de los otros. Los agitadores políticos no habían dado siempre sino consejos desastrosos en una forma oratoria más desastrosa todavía, mientras que el sacerdote entregaba hasta su manteo á un pobre que tenía frío, y cuando hablaba para adormecer la miseria humana, su voz era armoniosa é inspirada, como si hablase por su voca el mismo Dios. ¿Cómo sostener la competencia? ¿Cómo luchar? No había más que negar la virtud del adversario, y calumniar sus intenciones. En esto los sectarios se hallaban en su centro y evolucionaban en su terreno favorito. Bastaba insultarle y mentir para aniquilarle.

El cura de Favieres presentaba una brecha y sus enemigos habían descubierto aquel lado flaco de su defensa. Había en el país una amargura y una cólera que se traducían en palabras violentas y hasta en amenazas contra los ricos que no hacían un uso liberal de sus riquezas. En la iglesia, en las reuniones de sacerdotes, en el

hogar de los pobres, en la cabecera de los enfermos, el padre Daniel no podía contenerse y afeaba la avaricia, la dureza y el egoísmo de los que guardaban para sí el beneficio de su fortuna. Aquel cura que todo lo daba y que vaciaba tan liberalmente de anatemas y de censuras su corazón como su bolsa del dinero que contenía, era un terrible enemigo de la clase rica.

Las personas acomodadas le tenían, pues, por un adversario y, sin embargo, el pobre hombre no era enemigo más que de sí mismo. Sus violencias tomaban origen en sus dolorosos recuerdos, y si la antigua pasión estaba muerta en su alma, le animaba todavía un rencor latente contra todo lo que no obtenía su fuerza y su poder más que del dinero. Pero amaba también á los buenos ricos, sacaba de ellos cuanto podía para los pobres y pagaba sus generosidades con una gratitud infinita.

Entre esas honradas personas, á las cuales profesaba el padre Daniel una adhesión capaz de desafiar los más mortales peligros, se encontraba la vieja señora de Fresqueville, que no tenía más herederos que dos sobrinos muy calaveras y poco solícitos y empleaba en liberalidades el sobrante de sus rentas. Entre aquella señora y el cura se estableció pronto un buen acuerdo. Se compren-

dieron en seguida y las limosnas del castillo empezaron á repartirse entre los desgraciados por medio del sacerdote. La señora de Fresqueville dió su aprobación á un proyecto que ilusionaba grandemente al padre Daniel. Era un asunto importante, pues se trataba de construir en Favieres una escuela libre para sustituir la de monjas que había sido secularizada.

La población infantil del término era muy numerosa, era preciso que el edificio fuese grande, y por consecuencia el gasto tenía que ser importante. No hay que decir que el ayuntamiento no daría ni un céntimo, y el presupuesto ascendía á sesenta mil francos. Había, pues, que obtener de los fieles, no sólo el terreno sino el dinero para edificar la escuela, grave empresa en un centro obrero donde las familias no tenían para vivir más que el producto de su trabajo y en el que toda economía del jornal suponía una privación. Por fortuna estaba allí la señora de Fresqueville y la ocasión era buena para que ayudase al cura, pues ella vacilaba en dar su nombre á la fundación. Alentado con el apoyo de su rica feligresa, el cura compró un terreno de cuatro mil francos y para empezar la edificación respondió del pago á los contratistas.

Al principio todo fué perfectamente, con gran descontento del municipio, una de cuyas lum-

breras era el radical Thiboré y cuyo inspirador era el funesto Malversín. Pagado el terreno, los cimientos á flor de tierra, y pagado un plazo á cuenta al albañil y al carpintero, el asunto parecía en vías de éxito. Hacían falta todavía tres meses para que se pusiese el techo, se terminase el pintado y se colocase la bandera encima de la chimenea, cuando quiso la desgracia que la señora de Fresqueville muriese en tres días de un ataque de parálisis.

En todo el país no se oyó más que esta pregunta: « ¿ Cómo se va á arreglar ahora el cura? » Y á continuación pensó todo el mundo: « La difunta le habrá dejado con qué terminar la obra comenzada ». Pero pronto corrió el rumor de que la buena señora no había tenido tiempo de hacer testamento y de que sus sobrinos no estaban dispuestos á cubrir los gastos del cura con liberalidades personales. Demasiado había dado la señora de Fresqueville, con perjuicio de su familia, y ya era tiempo de poner coto á tales locuras. No habían aquellos señores esperado tanto tiempo una herencia tan redonda para emplearla después en fundaciones piadosas.

El primer efecto de aquellos rumores fué llevar á todos los contratistas á casa del padre Daniel, el cual, con el descuido admirable propio de las personas que no tienen dinero y encuentran

siempre por la mañana lo que menos esperaban la víspera, tranquilizó á aquellas buenas personas; les habló de los servicios á que la escuela estaba llamada; les hizo imaginar el edificio lleno de niños aprendiendo gratuitamente á leer, á escribir y á rezar; obtuvo de ellos la promesa de continuar los trabajos y tomó sobre sí el compromiso de pagar todos los gastos, con tal de que no se le molestase demasiado.

Estaba convencido de que la fe realizaría un milagro y de que una mañana encontraría en su cajón la suma necesaria para salir de apuros. El poder celestial se manifestaría y algún generoso desconocido sustituiría á la señora de Fresqueville para acabar su obra. En esta época el cura de Favières sufrió una decepción que le hizo dudar del éxito de sus planes. No habían pasado tres meses desde la muerte de su bienhechora cuando supo una mañana, al hacer su visita diaria á los pobres, que el castillo había sido vendido y que el nuevo propietario habitaba Beaumont. Este primer detalle le tenía sin cuidado, pero otra información completó esas noticias con la de que el comprador era banquero, y el padre Daniel sintió instintivamente tal turbación, que quiso saber el nombre del dueño de Fresqueville. Se fué á casa del notario, preguntó al pasante y recibió el golpe de oír nombrar al señor Lefrançois.

Volvió á su casa taciturno, vagamente inquieto y calculando cuánta agitación, cuánta amargura y cuánto peligro podía acarrearle aquella reaparición de Lefrançois en su vida. Pensó después que el banquero tenía cinco ó seis propiedades importantes en los alrededores de Beaumont y que no había para qué pensar que viniese precisamente á habitar la última que había comprado. Nunca había vivido en Charnetay ni en Freteuse, hermosas residencias que alquilaba á las personas ricas que querían pasar el verano en el campo. ¿Por qué había de cambiar su costumbre precisamente cuando tantos inconvenientes tendría para él mismo el hacerlo?

Daniel suponía que su refugio era conocido por Lefrançois, y tanto había sufrido por ese hombre que no creía que el banquero podría tratarle con indiferencia, en lo cual se equivocaba. El marido de Florencia había olvidado completamente á su rival, no se cuidaba de saber qué había sido de él, y como jamás había sentido hacia él la más pequeña piedad no le demostraba ninguna mala voluntad. Había comprado Fresqueville porque el negocio le convenía, pues le daba ocasión de colocar su dinero en tierras al cuatro por ciento. Además el castillo tenía fama de agradable y la población obrera de Favières era un centro electoral de primer orden á las puertas mismas de la posesión.

El diputado del distrito, señor Robernaut acataba de morir á consecuencia de la campaña panamista, en la que su probidad había sufrido terribles ataques, y Lefrançois, que frisaba en los cincuenta años, estaba casado con la mujer más hermosa del país y era rico hasta exceder sus propios deseos, había dado en acariciar ambiciones políticas. Pensaba que si los hombres más expertos en arreglar sus propios negocios no se ocupaban en la gestión de los asuntos públicos, habría grandes probabilidades para que todo marchase del revés en Francia, y reconociéndose de repente tan buen patrióta como hábil administrador, había resuelto que el país se aprovechase de su experiencia.

Pero la cuestión era saber si el país aceptaría el servicio que Lefrançois quería prestarle. Hay electores ciegos que no conocen sus intereses y que entre un candidato perfecto y otro abominable se apresuran á votar por el segundo. Esto era precisamente lo que pensaba el banquero, y como era ante todo un hombre práctico, juzgó necesario ponerse en contacto con aquellos á quienes reservaba el honor de que le enviasen á la Cámara. Tenía el arte de hablar á los hombres el lenguaje que mejor comprende todo el mundo, que es el del interés, y cuando se trataba de un asunto difícil, no tenía inconveniente en dar la suma que

fuese necesaria para terminarle á su gusto. Estaba, pues, resuelto á gastar cuanto hiciera falta para sacar adelante su elección aunque fuese muy reñida. En tales condiciones, ¿ cómo había de temer una derrota?

Fué con su mujer á visitar la nueva finca y observó con placer que el castillo era nuevo y cómodo y tan bien amueblado que bastaba llevar los baúles para instalarse. Visitó á las autoridades; habló con los industriales que daban trabajo á los obreros del distrito; averiguó las tendencias de los tres médicos y del farmacéutico, de los cuales podía temer alguna oposición, y adquirió la seguridad de que esos hombres de ciencia estaban demasiado ocupados con su profesión para perder el tiempo en hacer política. Entró en el cuartel de la gendarmería y pasó revista á toda la brigada. Llamó también á la puerta del cura, pero no le encontró porque, según su costumbre, estaba visitando á los pobres.

El nombre de Daniel que se pronunció muchas veces delante de él no despertó recuerdo alguno en su memoria. Le contaron que el párroco de Favieres era un hombre dulce, sencillo y ocupado exclusivamente en obras de caridad, y se propuso ganarle por medio de largas limosnas. Volvió, pues, á Beaumont muy contento de su viaje. El país le había gustado y el terreno electoral no

parecía mal dispuesto pues todos los que había hablado se habían puesto enteramente á su disposición. Con estos elementos el porvenir se le presentó de color de rosa y se dispuso con no disimulada complacencia á instalarse en Fresqueville.

El padre Daniel encontró la tarjeta de Lefrançois al volver á su casa y fué tal la turbación que le produjo, que su madre, cuya vista era ya mala, le preguntó qué le ocurría. El sacerdote, que jamás había ocultado nada á su madre, le entregó la tarjeta sin decir ni una palabra. La anciana leyó y su semblante se contrajo. Inclínó un poco la cabeza y dijo después mirando á su hijo :

— ¿Es este el Lefrançois que?...

No acabó la frase, pero su pregunta significaba con tal claridad : « que se casó con Florencia Guepín », que el cura respondió sencillamente :

— Sí.

— ¿Y qué te quiere, hijo mío, ese señor?

— No lo sé. Ha comprado la posesión de la buena señora de Fresqueville... Puede que haya oído hablar de las intenciones caritativas de aquella virtuosa mujer y quiera reemplazarla en la obra de la escuela.

Ilusión conmovedora del sacerdote que no admitía que se pudiese tener otra intención que la de hacer bien. Pero su madre, menos crédula,

clavó la aguja en la costura y dijo des puéspe un momento de silencio :

— Creo que ha dicho á Bárbara que tenía el propósito de instalarse en el pueblo.

El padre Daniel se puso pensativo al oír estas palabras. Así pues, ¿se iba á realizar lo que tanto había temido? ¿Tendría que sufrir la angustia constante de tener en su presencia al único ser que podía turbar la tranquilidad de su alma? ¿Era una prueba que le reservaba el cielo? ¿Debía someterse á ella ó tenía el derecho de esquivarla?

Salió de su casa y entró en la iglesia. El silencio y el grave recogimiento que reinaban en el santo lugar se apoderaron del pensamiento del sacerdote. Se acercó al coro, más dueño ya de sí mismo y más seguro de su resignación y de su fuerza; se arrodilló y oró durante mucho tiempo pidiendo al cielo que le dictase su conducta. Las sombras de la noche invadían con su oscuridad las bóvedas desnudas de la iglesia y un último efluvio de luz fué á herir el broche de oro del libro sagrado que estaba en el altar. El cura creyó que aquello era un aviso divino dirigido á su conciencia. Subió los escalones, se detuvo en el sitio en que tenía costumbre de decir la misa, abrió con mano trémula el misal é inclinó la cabeza para conocer lo que iban á responder los textos santos á su inquieto

pensamiento. En la sombra, ya espesa, que le rodeaba, el sacerdote leyó :

Viendo en estas palabras una orden que le dirigia su divino maestro, el padre Daniel se inclinó ante la voluntad celestial y dijo con fe sincera :

— ¡ Dios mío, hágase tu santa voluntad !

Y a través del cementerio, completamente oscuro, en el que los melancólicos buhos hacían oír su grito nocturno, volvió á entrar en su casa.

V

El enlace del señor Lefrançois y de la hermosa Florencia no dió al principio al banquero toda la satisfacción que tenía derecho á esperar á cambio de su dinero. La hija de Guepín, un poco envane-cida con sus repentinas prosperidades, concibió una alta idea de sí misma y las adoraciones un poco exageradas de su marido acabaron de hacer de ella la más infatuada persona que hubiera podido hallarse en veinte leguas á la redonda. La clase media rica de Beaumont, muy predispuesta á criticar el matrimonio del banquero con una joven de tan baja extracción, resultó justamente irritada por el aspecto de triunfo de la señora de Lefrançois. Un poco de modestia hubiera valido á Florencia la benevolencia de una sociedad que no habría tenido razón alguna para rechazar á la hija de Guepín si ésta hubiera sabido atenerse á su